



Fachada del Museo del Prado de Madrid, que guarda la mayor y mejor colección de obras de Goya

Madrid y su eterna deuda con

GOYA

■ PÉREZ GÁLLEGO ■

Madrid tiene una eterna deuda de gratitud con Francisco Goya. La capital siempre la reconoció, justo es decirlo, y la ha saldado generosamente y más en este año 1996 en que se celebra el 250 aniversario del nacimiento del pintor. Goya fue vecino de esta Corte desde 1793, año en que contrajo matrimonio con Josefa Bayeu, hasta que, ya octogenario y viudo, ocupa su corazón el cariño (¿el amor?) hacia la misteriosa doña Leocadia Zorrilla, que lo acompañó en el destierro francés. Durante los más de cincuenta años en que Goya fue vecino de Madrid vivió cuando menos en una decena de domicilios conocidos. El primero, cuando era mozo aún, aquel singular estudio de Francisco Bayeu donde los pupilos encontraban también rudimentario hospedaje. El último, aquella Quinta del Sordo de la ribera del Manzanares desde la cual, como imagina genialmente Ramón, el despechado artista escribaba con ayuda de un catelejo la fachada del palacio de Oriente, presidida por el curioso reloj de una sola saeta. La Quinta fue derribada hace ya mucho tiempo. Por fortuna, sus célebres pinturas negras fueron desprendidas de los muros antes de que actuara la piqueta. Las compró el barón d'Erlanger, fueron expuestas (sin éxito) en París y el propio barón las regaló al Prado. En el solar que antaño ocupó la finca (actual calle Saavedra Fajardo, 32) una lápida colocada por el Ayuntamiento de Madrid recuerda que allí vivió y trabajó Goya. No falta autor imaginativo que, sin

Goya vivió y trabajó aquí (en Madrid) más de medio siglo e incluso algunas de sus obras pueden contemplarse aún in situ, en el lugar mismo para el que las pintó.

argumentos de peso, sinie al artista pintando la carga de los mamechus contra el pueblo de Madrid desde su domicilio en la puerta del Sol. Pura ucrónia: no fue así, pero pudo haberlo sido. Una historia parecida cuenta Antonio de Trueba en «Madrid por fuera». El escritor conoció a un viejo madrileño que llegó a acompañar a Goya en una peligrosa expedición nocturna, armado con un trabuco y sosteniendo un farolón, desde la Quinta del Sordo a la montaña del Príncipe Pio. El artista pudo tomar así un apunte de la carnicería de los héroes de la independencia, fusilados horas antes por los franceses. Si non é vero... Madrid ha dado las gracias cumplidamente al Goya que lo immortalizó. El pintor no sólo retrató a reyes y duques, sino que recogió también tipos castizos y costumbres populares. Siempre que se dice maja o chispero pensamos en Goya. El artista captó también no pocos parajes y monumentos de la capital, fijando así para siempre una visión peculiar de Madrid. Recordemos la curiosa exposición «Madrid pintado» (Museo Municipal, 1992) donde podía comprobarse la

paradoja de que los pintores que mejor han captado el alma de Madrid no fueron madrileños: el sevillano Velázquez, el aragonés Goya, el montañés Solana, el manchego Antonio López...

Fiesta en la Pradera El testimonio más profundo y delicioso que Goya deja de Madrid es sin duda el lienzo «La pradera de San Isidro», tan pequeño de dimensiones como infinito en sus proyecciones. Junto a esa impercedera obra maestra de madrilenismo mil veces reproducida, debe colocarse el burlanguero «Entierro de la sardina» (Academia de San Fernando) con las agitadas comparsas celebrando el final de las fiestas de Carnaval.

Si la «Pradera» ofrece un ambiente tranquilo y casi bucólico, con los grupos de nobles y plebeyos sentados democráticamente juntos en el santo suelo, el «Entierro» es todo lo contrario. Un cuadro que sólo se ve sino que se oye: algarabía, gritos, cánticos, risotadas... Para colmo, la «Pradera» regala como lejano teión de fondo una detallada vista de Madrid. Se ha escrito que mientras el flemático Velázquez pinta los picos de Guadarrama asomado a las ventanas del palacio de Oriente, el diligente Goya se aleja de la villa para pintarla desde el campo.

Goya vuelve a demostrar su madrilenismo en otros muchos paisajes. Así, en «La Peña de Madrid», «La ermita de San Isidro el día de la fiesta» o «Merienda junto al Manzanares». También «La gallina ciega» puede estar situada cabe el río. En no pocos de los dibujos y cuadros, y también en los cartones previos a los tapices, forzoso es que aparezca y reaparezca Madrid. La fachada posterior del Palacio Real o la media naranja de la cúpula de San Francisco el Grande se identifican

no sólo soberbios goyas —desde el «Cristo» ofrecido por el pintor cuando ingresó en la casa hasta el espléndido retrato de Godoy— sino que guarda una paleta del artista, con la pintura reseca, y hasta un viejo tórculo en el que verosimilmente también trabajó.

Goya se movió como Pedro por su casa en el Palacio Real. Suyos son los retratos de cuerpo entero Carlos III y María Luisa. El pintor disfrutó de tan larga vida que sirvió y trabajó para tres reyes sucesivos —Carlos III, Carlos IV, Fernando VII— más el intruso José Bonaparte con el que mantuvo un tenso tira y afloja. No llegó a retratarlo, o no se lo pidió el hermano de Napoleón. Muchos de los museos de Madrid presentan en lugar de honor su o sus goyas: Lázaro Galdiano, Thyssen, Romántico... Lo mismo ocurre con varios centros oficiales: Ayuntamiento, Banco de España (del que Goya fue afortunado accionista)... Goya, a ratos pintor



claramente. Madrid, emporio goyesco Madrid es, verdad de Perogrullo, la primera ciudad goyesca del mundo. Goya vivió y trabajó aquí más de medio siglo e incluso algunas de sus obras pueden contemplarse aún in situ, en el lugar mismo para el que las pintó. El Museo del Prado es, en primerísimo lugar, todo un fabuloso y mágico mundo goyesco. De hecho, las numerosas obras del aragonés forman tan rico y completo conjunto que se produce un museo dentro del museo. Más de un centenar de cuadros y varios centenares de dibujos y grabados. Tras el Prado, la Real Academia de San Fernando puede presentarse como la auténtica casa de Goya. Aquí comenzó como simple académico hasta llegar a director honorario. La Academia posee

10 PILAR 1996

religioso, trabajó para templos e iglesias de Madrid y su provincia. La basílica de San Francisco y la (desaparecida) iglesia de los Escolapios de San Antón tienen o tuvieron obras tan importantes como «La predicación de San Bernardino» o «La última Comunión de San José de Calasanz». Fuera de Madrid, pero sin salir de su provincia, topamos con un inesperado Goya, una «Asunción», en la iglesia parroquial de la villa de Chinchón, donde el infante don Luis había concedido una capellanía a Camilo Goya, hermano del pintor. En la parroquial de Valdemoro, otro goya con el que no contábamos, «La visita de la Virgen a San Julián obispo», acompañado de una «Asunción», de Francisco Bayeu, y un «San Pedro mártir», de Ramón Bayeu. Los tres pintores zaragozanos trabajaron en la Fábrica de Tapices, cuyo intendente, don Pedro de Lerena, les hizo el triple encargo que sin duda conseguiría a buen precio. Calles y monumentos Madrid dedicó en su día

a Goya una calle principal en pleno barrio de Salamanca —anchurosa y de gran longitud», la define Pedro de Répide en su «Diccionario de calles de Madrid», honor no alcanzado por su cuñado Bayeu, que llegó a ser conocido en la Corte por «el Grande». La capital de España concedió a Goya no sólo una calle, sino que hoy se proponen recorridos enteros por sus barrios más goyescos. Los preciosos folletos «El Madrid de Carlos III», de J. A. Cabezas, y «El Madrid de Goya», del cronista López Sancho, editados hace ya muchos años por la Oficina Municipal de Turismo, presentan enfoques complementarios del Madrid goyesco. El pasado verano, Ayuntamiento y Comunidad de Madrid ofrecieron al alimón un nuevo y lujoso folleto con fotografías en color, «Goya en Madrid», invitando a «Un recorrido desde el Prado a San Antonio de la Florida». Madrid, para terminar, ha levantado varios monumentos más o menos acertados en honor de Francisco Goya, que han vivido una

auténtica danza y contradanza de emplazamientos a lo largo y ancho de la villa. En 1902 Benlliure esculpió una romántica estatua de Goya, de cuerpo entero y empujado sobre un pedestal con alusiones a varias de sus obras, que fue inaugurado en el parque del Retiro. Pasó después al cruce de las calles Goya y Velázquez —es casi obligado recordar el título de la revista musical de Muñoz Román «Qué cuadro el de Velázquez esquina a Goya»— donde fue inesperadamente decapitada por el trole de un tranvía al salirse aquel del cable. La estatua fue reparada y hoy vigila la puerta Norte del Prado. La escalinata de este museo estuvo presidida anteriormente por una estatua de Goya sedente, en actitud de pintar, obra de José Llaneces, regalada por el escultor al museo y fundida a sus expensas. Se alegó que tal pieza pesaba demasiado (en realidad no gustaba al director de la pinacoteca) y fue castigada a los oscuros almacenes

municipales, de donde salió en 1986 para ser colocada frente a las ermitas gemelas de La Florida. Para concluir este baile de estatuas goyescas por Madrid citemos la enorme cabezota del artista, con gesto ceñudo y hasta de malas pulgas, labrada en piedra por Juan Cristóbal. Se estrenó la obra precisamente en los mismos jardincillos donde hoy se levanta la de su colega Llaneces. Desafió allí la metralla de los bombardeos de la guerra civil. Las heridas fueron restañadas, pero se decidió que ese no era el lugar más indicado dada la diferencia de escalas entre el enorme busto y su entorno. Don Francisco, en fin, tuvo que aceptar, cada vez con el gesto más avinagrado, ser desterrado a un desmonte de la montaña del Príncipe Pío, allá por el actual parque de Rosales, lugar al que por cierto no se le puede negar cierta relación con la vida y obra del singular aragonés de los madriles.